

LA FIESTA DE SANTU MEDERO (AÑO 1912)

por

El probón de les anguiles

A Isongo nos fuimos un amigo y yo después de recorrer los establecimientos que bajo los toldos había en el castañedo de los Campos de Corao. La noche era clara pero en el cielo veíanse algunas nubes plumizas, que iban poco a poco sustituyéndose por otras más oscuras, preñadas de agua las cuales detuvieron un momento nuestra partida, en el hermoso Centro de "El Despertar".

En Corao apenas si se notaba, a excepción de los citados toldos, nada anormal que delatara el siguiente día de feria. Salimos a paso de gigante y a poco andar del puente de Tornamila, en medio del castañedo por el cual era paso obligado para llegar a la joguera que se celebraba en Isongo, en honor del santo, nos sorprendió un viento huracanado acompañado de abundante lluvia. Sin tener otro sitio donde guarnecernos corrimos apresuradamente de castaño a castaño en busca de uno donde refugiarnos; le encontramos por fin, y aunque viejo y carcomido, nos dio el suficiente albergue. La calma no se hizo esperar, las nubes se rasgaron, y como dicen los poetas, la melancólica y plateada luna dejábanos ver el resbaloso y estrecho camino que a dicho pueblo nos debía conducir.

Dominada la empinada cuesta, se presentó a nuestra vista la vetusta capilla de Santo Medero, triste y solitaria, en medio de aquellos prados que como si estuviéramos en plena primavera, se hallan cubiertos de verdor; más adelante, luces escapadas por los huecos de las fachadas de las casas, nos anunciaban la próxima llegada a Isongo. Las chimeneas despedían bocanadas de humo, y mi amigo que es aficionado al arroz con leche, pensaba si alguna moza le invitaría a probar este clásico dulce de nuestras fiestas, el cual creía se estaría haciendo en aquel momento.

El viento hace llegar hasta nosotros el sonido de una gaita que nos alegra. Por la parte más alta del pueblo oíamos cánticos de mozos, cuyos cantares nos parecieron un tantín verdes, al propio tiempo que gruesos palenques estallaban en el espacio. Ya en el pueblo, no sin antes haber sacado la tripas a algunos charcos, dimos con nuestros cuerpos en la casa donde se verificaba la fiesta. El renombrado músico de Bode era el encargado de amenizar el acto. Sin explicarnos el cómo, nos encontramos cogidos a las cinturas de dos simpáticas jóvenes, con las cuales bailamos valeses y polkas y demás piezas que sucesivamente se tocaron.

Cuando mi reloj marcaba las dos de la madrugada los asistentes al baile fuimos casi en tropel saliendo de la casa, hastiados de holgorio, por la misma puerta que pocas horas antes habíamos penetrado, anhelantes y deseosos. La mañana del día de Santo Medero, fue una de estas hermosas mañanas de primavera, propia de nuestras aldeas asturianas donde el solo armonioso del canto de los pájaros, saludando al nuevo día, nos hacen experimentar un placer de inefable gozo.

Sin haberse borrado aún nuestras huellas, sabiendo que este año había algo extraordinario en la función religiosa a oír misa nos fuimos, mi amigo y yo, llegando al oportuno tiempo que salía la procesión de la cual formaba parte un gran ramo de pana, ofrendado al santo por una joven de aquel pueblo. La misa fue solemne, y a la hora que terminó, regresamos a Corao donde

se celebraba la feria.

A las doce presentaba la feria, que estuvo muy animada, extraordinaria afluencia de gente, pues pocos años se vio esta feria tan concurrida, circunstancia ésta que en gran parte es debida al buen tiempo que disfrutamos todo el invierno. Los ganados se cotizaron a precios bastante remuneradores, haciéndose bastantes transacciones.

La romería estuvo también animadísima y la juventud ansiosa, siempre de diversiones, quedaría en extremo satisfecha, puesto que los tres músicos que tocaban por conveniencia propia, no denotaban cansancio. Nuestra curiosidad llegó al extremo de contar las parejas que daban vuelta llegando éstas al número 149 en los dos grandes bailes que se celebraban. La tarde transcurrió sin que nada anormal sucediera, que merezca la pena de ser relatado.

Por la noche, con mi inseparable amigo, recorrimos todos los establecimientos de Corao, ¡qué impresiones más tristes sacamos! ¡qué dolor, ver el estado de muchos padres de familia, obligados a dar ejemplo de sobriedad y buenas costumbres a sus hijos, convertidos en el hazme reír de sus semejantes! ¡qué pena contemplar a una generación joven buscando su ruina física y moral por el constante abuso de las bebidas alcohólicas! Los encenagados en el vicio, jóvenes y viejos, cantan en las tabernas, excitados por el alcohol y en sus charlas se percibe la idea del matonismo, como si el matonismo fuera una bella cualidad en los humanos.

Sentados alrededor de una mesa, vemos cuatro que juegan a las cartas y en un ángulo, uno que blasfema con la cabeza inclinada hacia adelante. No sabe lo que dice?, nada casi se le entiende más que: "eramos amigos y pégami". Tenía razón, una mano extraña, poco antes, había cruzado su cara. Hastiados, nos retiramos a nuestras casas, con dolor en el alma, pensando que nosotros mismos por ignorancia o vicio, somos culpables de la mayor parte de las desgracias que nos ocurren. Y he aquí, como una crónica, que comenzó con tonos alegres, ha terminado en notas sentimentales. Filosofías de aldeano.

Fuente: Artículo publicado en *El Aldeano. Defensor de las Asociaciones Agrícolas*, Corao, año I, núm 2, de 15 de marzo de 1912, p. 2. Gentileza del *Museo de la cerámica y los relojes Basilio Sobrecueva*.